

clinan los malos á aquello que les puede perjudicar. Despues de haber acabado el español de cercenar naipes falsos, y el italiano de amolar huesos de muerto, para dar sepulcro con ellos á los talegos de los vivos, nos fuimos á reposar lo poco que quedaba de la noche. Desde allí adelante me llevaban todos los dias por su paje de flores y naipes, y cargado de naipes y dados, que era su aderezo de reunir, campeaban los dos á costa de blancos. En esta forma iban á las casas de juego, concertábanse con los gariteros prometiéndoles el tercio de la ganancia que se hiciese, asegurábanles el peligro por la sutileza de la labor, y adonde no consentían su contagio, hacían tener de respeto, cuando jugaba el español, media docena de barajas, á las cuales yo y el italiano le dabamos con la de Juan trocado, y al garitero y á los tahures con la de Juan grajo, y cuando jugaba el italiano, hacíamos yo y el español lo mismo, echándonos sobre la tabla y acercando los dados á nuestras pertenencias, y llevando de reserva entre los dados una fusta para valerse de ella cuando la hubiese menester. Doblábanse con personas de cantidad, y á veces de calidad, las cuales hacían tercio adonde quiera que jugaban; cargábanles las ganancias en virtud de sus ayudas y destrezas. Salían mis amos siempre perdidosos, al parecer de los mirones; por lo cual todos los tenían por buenos jugadores, y solicitaban de jugar con ellos. Sabían las posadas mas ricas, teniendo en todas, á costa de buenos baratos, quien les daba aviso de cuando había huéspedes de buen pelo. Acudían á ellas, trataban amistad con los que hablaban, quedábanse á comer con ellos á escote; y por sobre mesa, en achaque de entretenimiento, dábanme dineros y enviábanme por lo que yo traía, y empezando por poco, acababan por mucho, dejando á los pobres forasteros en cruz y en cuadro. Y con hacer los dos muy grandes ganancias, cada uno en lo tocante á su flor, nos moríamos de hambre, porque lo que ganaba el español á las cartas, lo perdía á los dados, porque además de no conocerlos, no se sabia aprovechar de lo poco que alcanzaba á entender; y lo que el italiano ganaba á los dados, perdía á los naipes, que aunque tenía en casa el maestro, no había aprendido á leer en libro de tan pocas hojas.

Yo andaba siempre temeroso de que se descubriese la flor, y por cómplice en ella, en lugar de enviarme á Galicia, me enviaran á Galilea, ó por ser muchacho me diesen algun estrecho jubon, no necesitando de él. Mas quiso mi fortuna que estando una noche los dos cenando y algo tristes y recelosos, porque uno de los perdidosos le había ganado el italiano, me enviaron á llamar á unos amigos suyos, para que se informasen si los había reconocido ó sospechado algo. Yo, pensando que ya se había descubierto la maula y que toda la justicia daba sobre nosotros, con intencion de no volver, y por no irme sin cobrar mi salario, ya que me había puesto á tanto riesgo, salí fuera á una antesala, y tomando el ferruuelo del señor español, que era nuevo y de paño fino, dejé el mio, que estaba bien raído. Y saliendo á la

calle, informándome por el camino de Liorna, me salí de la villa, y con la claridad de la luna, por temor de que no fuese seguido, anduve aquella noche tres leguas; y al cabo de ellas, hallando una pequeña choza de pastores cercana del camino, me retiré á ella, adonde fuí acogido, y pude con sosiego descansar, hasta tanto que el alba se reía de ver la aurora llorar á su difunto amante, siendo mujer y no fea ni mal tocada, que á este tiempo, dejando la pastoril cabaña, y prosiguiendo mi comenzado camino, me dí tanta prisa á alejarme de mis amos, que otro dia al anochecer llegué á Liorna, y metiéndome en una posada á descansar de la fatiga que había pasado, supe otro dia cómo las galeras del gran duque de Toscana estaban de partida para Mesina, para irse á juntar con las de España y Nápoles y con otras muchas que habían ocurrido para agregarse con la real, estando por príncipe de mar y tierra y por general de aquella naval el serenísimo príncipe Emanuel Filiberto, cuya fama, virtud y santidad, por no agraviarlas con el tosco vuelo de mi pluma, las remito al silencio. Y habiendo alcanzado licencia de un capitán de galera, me embarqué en la que llevaba á su cargo, por estar informado ser todas las de aquella escuadra águilas del mar, cuyos caballeros, sus defensores, de la orden de San Estéban, dan terror al Turco y espanto á sus fronteras, tienen fatigado su templo con el peso de los estandartes y medias lunas africanas, y con cadenas de multitudes de cautivos cristianos, á quien han dado amada libertad, añadiendo cada dia á las historias nuevas proezas y eternizadas victorias.

CAPITULO II.

En que se refiere su embarcacion y llegada á Mesina, y viaje á Levante, y lo que le sucedió en el discurso de él y en la ciudad de Palermo, hasta tanto que se ausentó de ella.

Salimos una tarde de esta pequeña Cartago con viento fresco y mar serena, y con todos los amigos que requiere una feliz navegacion. Estuve tres dias tan mareado, que al compás que daba sustento á los peces del mar, aborrecía raciones de bizcocho á los caimanes de galera. Alentéme cuanto pude, sirviéndome de antídoto para volver en mí el ser asistido de dicho capitán con animados sorbos de vino y tragos de malvasía; que tengo por cosa asentada que estos licores me volvieron á mi primer ser, y que si despues de muerto y engullido en la fosa, con un cañuto ó embudo me lo echasen por su acostumbrado conducto, me tornara el alma al cuerpo, y se levantara mi cadáver á ser esponja de pipas y mosquito de tinajas. En efecto, llegamos á Mesina, adonde quedé absorto de ver la grandeza de su puerto, ocupado con setenta galeras y cincuenta bajeles, todo debajo del dominio del planeta y rey cuarto defensor de la fe, y azote de los enemigos de ella. Y el contemplar tanta gente de guerra, de tan extrañas y apartadas naciones, tanta diferencia de belicosos instrumentos, el clamor de tanto pito, el ruido de tanta cadena, las diferentes libreas de tantos forzados y la variedad de tantos estandartes, parecióme que estaba en otro mundo y que

sola aquella ciudad era una confusa Babilonia, siendo una tierra de promision. Alegrábanme los acentos de los bodegonos marítimos, apellidando los unos tripa-tripa, y los otros folla, folla, repitiendo en mis oídos los ecos arábigos que decían: *Macarrone, macarrone, qui manja uno manja dos*; pero entristeciame de ver que todos comían, y yo solo los miraba. Arriméme á un esclavo negro, tan limpio de conciencia, que lavaba media docena de menudos con una ración de agua. Hicele mil zalemas y sumisiones por saber que era mercadante de panzas y por verme racional camaleon. Ofrecíle mi persona, diciéndole ser único en el caldillo de los revoltillos y en el ajilimoje de los callos. El, agradándole mas el verme desbarbado que no el ser buen cocinero, me recibió, haciéndome aquella tarde dar seis caminos desde el matadero de la villa hasta su barraca, cargado de patas de vaca y manos de vitela; y dándome, despues de mi molestazo trabajo, un plato de mondongo verde con perejil rumiado. Por ver la brevedad del despacho y el despojo y ruina que hice en sus panecillos, me dijo que me fuese á traer mi ropa y á buscar un fiador que darle, para tener seguro su bodegon, porque de otra suerte no me recibiría, porque no había muchas horas que se le había ido un criado con un cuajar cocido y una media cabeza sancochada; y que así, mas queria estar solo que mal acompañado. Yo, dando gracias á Dios de salir de la espesura de su mal cocinado, me planté en la playa, y el primer español que encontré en ella fué un alférez del tercio de Sicilia, llamado don Felipe Navarro del Piamonte, el cual, poniendo los ojos en mí, me llamó y preguntó que si estaba con amo ó lo buscaba, y si tenía padre ó hermanos ó algunos parientes ó conocidos en aquella ciudad. Respondíle que no tenía dueño, y que andaba en busca de uno que me tratase bien, y que era tan solo como el espárrago y del tiempo de Adán, que no usaban parientes. Contentóle mi agudeza, y díjome que su oficio era vigilia de ayudante, y vispera de capitán, que si lo queria servir, seria uno de los de la primera plana, y que esguazaria á tutiplen. Yo, ignorando de esta jerigonza avascuizada, por no ser práctico en ella, y por ser tan jóven, que en el mismo mes que estábamos cumplí trece años, bien empleados, pero mal servidos; pensando que la primera plana era ser de los Guzmanes de la primera hilera, y el esguazar darme algun poco de dinero, y el tutiplen llegar con el tiempo á ser plenipotenciario, concedí en quedarme en su servicio. Y diciéndome mi nombre, le fuí siguiendo á su posada, donde en los pocos dias que estuvimos en ella lo pasamos con mucho regalo. Había ido el capitán de nuestra compañía á la ciudad de Palermo á ciertos negocios suyos, por cuya ausencia mi amo, como su alférez, metía la guardia, llevando yo su bandera con mas gravedad que Perico en la horca; porque es muy propio de hombres humildes ensorberbecerse en viéndose levantados en cualquier puesto ó dignidad. Persuadíme que todos los que quitaban el sombrero á la real insignia me lo quitaban á mí, por lo cual hacia mas piernas que un presumido de valiente, y me ponía mas

hueco y pomposo que un pavon indiano. Pesábame estar ausente de mi padre y hermanas y en parte que no podían ver el hijo y hermano que tenían, y al oficio que había llegado en tan breve tiempo, ganado por mis puños. En esta ocasion nombró su alteza serenísima el príncipe Filiberto Manuel de Saboya, generalísimo de la mar, treinta galeras para ir en corso la vuelta de Levante, en busca de navíos y galeras turcas, yendo por cabo de ellas don Diego Pimentel y don Pedro de Leiva, siendo mi compañía una de las que tocó embarcarse para ir en aquella navegacion. Salimos de Mesina un sábado por la tarde, y habiendo aquella noche dado fondo en Rijoles, reino de aquel apóstol calabrés, que por quitarse de ruidos y malas lenguas se hizo morcon de un saúco, á la mañana zarpamos, encomendando á Dios nuestros buenos sucesos y rogándole nos volviese victoriosos. Mi amo me mandó que tuviese cuidado de asistir al fogon y de aderezar la comida para nuestro rancho; y acordándome de las mudanzas de fortuna, referí aquella ingeniosa glosa de: «Acordaos, flores, de mí». Y aunque me llegó al alma el bajar de alférez á cocinero, por reparar que era oficio socorrido y de razonables percances, no repliqué ni me dí por sentido; antes en pocos dias salí tan buen oficial de marmiton, que podía ser archipreste de la cocina del gran Tamorlan.

Pasamos el mar de Venecia, reconocimos el cabo de Cuatro columnas, y al cabo de cuatro jornadas, surcando la costa de Grecia, cogimos una barca de griegos, á vista de Puerto-Maino. Yo iba á esta guerra tan neutral, que no me metía en dibujos ni trataba de otra cosa sino de henchir mi barriga, siendo mi ballestera el fogon, mi cuchara mi pica, y mi cañon de crujía mi reverenda olla; usaba, en habiendo algun arma ó faena, de las siguientes chanzas. Iba siempre apercebido de una costra de bizcocho, la cual llevaba metida entre camisa y pellejo. Procuraba poner mi olla en la mejor parte, y en medio de todas las demás, y para no hallar impedimento madrugaba, y les ganaba á todos por la mano. Y cuando la galera andaba revuelta, chirriando el pito y curreando los bastones, quitaba la gordura de las mas sazonadas ollas y traspasábala á la mia con tal velocidad, que aun apenas era imaginado cuando ya estaba ejecutado. Y por hacer salva á algunos púlpitos relevados, piñatas de respeto y oficiales de marca mayor, en descuidándose un instante el que estaba de guardia, zampaba mi costra en el golfo de sus espumosos hervores, y en viéndola calada, sin ser visera, la volvía á su depósito, algunas veces tan caliente y abrasante, que al principio fué toda mi barriga un pielago de vejigatorios. Pero despues que me hice á las armas, estaba toda ella con mas costras que cien asentaderas de monas; mas lo tenía por deleito que por fatiga. Esta empapada y avahada sopa me sirvió siempre de desayuno, sin otros retazos ajenos, mas ganados á fuego y cuchara que no á sangre y fuego. No dejaré de confesar que algunas veces me cogió la centinela con el hurto en las manos, y quitándome la espumadera y dándome un par de cucharazos, despedía su cólera, y yo guardaba mi costra; porque en esto

mundo no hay gusto cumplido, ni se pescan truchas á bragas enjutas, andando, como dicen los poetas, entre rumbos de cristal, rompiendo cerúleas ondas, y fatigando con piés de madera y alas de lino, campañas de sal y montes de armiños. Cogimos diez y siete caramuzales y una urca, ellos llenos de colacion de los llagados del mal francés, y ella ballena de ricas mercancías; y aunque no tuve de ellas parte, con ser de los de la primera plana, me tocaron algunos despojos de la pasa y ligo, que me sirvieron algunas semanas de dulcísimos principios y de sabrosos postres. Volcóse uno de los caramuzales por la codicia del asalto y competencia del saco, quedando los codiciosos hechos sustento de tiburones y alimento de atunes. Yo, que jamás me metí en ruidos ni fui nada ambicioso, me estaba tieso que tieso en mi cocina, á la cual llamaba el cuarto de la salud.

Fuimos á Castel-Rojo á haber aguada, y salimos rabo entre piernas, por la fuerza de los turcos de tierra, y así nos retiramos á la mar, de quien éramos señores. Enderezamos las proas á San Juan de Pate, tierra de Grecia, donde nos hablaban en griego, y nos chupaban el dinero en genovés; que yo reniego de la amistad del mejor país de contribucion; dígoles por este, que es contribuyente del Turco, que lo demás, su alma en su palma. Volvimos á Puerto-Maino, donde cogamos de codornices ó coallas saladas y embarriladas, como si fuesen anchovas, trato y ganancia de los moradores de aquella tierra, adonde siendo yo maestro de toda patraña, me engañaron como á judío caribe, y fué en esta forma. Dióme mi amo media docena de pesos mejicanos, y mandóme saltar en tierra á meter algun refresco. Salté en ella, y hallé junto al puerto una gran cantidad de villanos, cada uno con un carnero, y todos ellos con cien manadas de malicias. Parecióme que me estaria mas á cuento comprarles uno, por estar mas á mano la embarcacion, que irlo á buscar á la villa, que está de allí una gran milla, y volver, cuando no cargado, embarazado. Llegué á un villano, y concerté el que tenia, que me pareció de tomo y lomo, en una pieza de á ocho. Pescóme el taimado la pieza con la mano derecha, y con la izquierda hizo amago de entregarme el aventajado marido al uso. Y al tiempo que fui á asir de la ya venerada cornamenta, soltó el villano el atril de san Marcos, y dejó en libertad el origen del vellocino de Colcos. Empezó el tal animal á dar brincos y saltos la vuelta de la villa, partiendo el amo mas ligero que un viento en su alcance, dando muestras de quererle coger; y yo con mas velocidad que una despedida saeta fui en seguimiento del amo, por cobrar mi real de á ocho. El carnero huía, el dueño corria, y yo volaba. Fué tanta mi ligereza, que lo vine á alcanzar en un bosque frondoso, que estaba en la mitad del camino que habia de la villa al puerto. Preguntéle por el carnero; díjome que se habia metido por la espesura del bosque, y que no sabia de él. Pedile mi dinero, á lo cual alegó que lo vendido vendido, y lo perdido perdido, que ya él habia cumplido con entregármelo, que hubiera yo tenido cuidado de asirlo con brevedad y ponerlo en buen

recaudo. Yo, movido á ira de la sinrazon del villano, por verlo solo y sin armas, me atreví á meter mano á una espadilla vieja y mohosa que habia sacado de galera, pensando de aquesta suerte atemorizarlo y reducirlo á que me volviese mi dinero; me sucedió muy al contrario de lo que yo me imaginé, porque apenas el tal borreguero vió en cueros y sin camisa el acero novel, cuando empezó á dar infinitas voces, diciendo: ¡Favor, que me matan! Socorro, que me roban! A cuyos gritos salió de lo mas intrincado del bosque una manga suelta de toseo villanaje, que Dios me libre por su santísima pasion de semejante canalla. Venian todos cargados de chuzos y escopetas; y antes que fuesen descubiertos de mí, ya me habian atajado los pasos, y quedé en manos de villanos; que de las desdichas que suceden á los hombres, esta es una de las mayores. Llegó uno, que parecia cabo de cuchara de los demás, preguntóme á mi inocente Judas la causa de su lamento, y él dijo que despues de haberme vendido un carnero, y dádole ocho reales por él, le habia ido siguiendo con intencion de quitárselos, y que alcanzándolo en aquel puesto, se lo habia pedido con muchos retos y amenazas, y que porque me los habia negado, habia metido mano á la espada para matarlo y robarlo. Ellos, sin oír mi disculpa, que bastaba á Inés ser quien es, llegaron á mí, y despojándome de la durindana, me dieron tantos cintarazos con ella, y tantos palos con los chuzos, que despues de haberme abarrado como encina, me dejaron hecho un pulpo á puro golpes. Fuéronse todos haciendo grande algazara y dando muchas muestras de alegría; y yo, viéndome solo y rendido en tierra y en medio de tan lóbrega palestra, temiendo no saliese otra emboscada que me dejase sin despojos, ya que la pasada me dejaba sin espada y sin costillas, me levanté como pude, y desgañando de un sauce un mal acomodado baston, le supliqué que me sirviera de arrimo, y abandonado con él, me volví á mi galera, donde conté todo el caso, el cual fué celebrado, y juzgaron á buena suerte haber salvado los cinco de á ocho. Contónos el patron de la galera que él habia llegado allí diversas veces, y que habia visto hacer la misma burla á muchos soldados, y que todos los carneros que conducen á aquel puerto los tienen adestrados á huirse en viéndose sueltos y volverse á sus casas; y que escogen los mozos mas ligeros de aquella cercana villa para venirlos á vender, teniendo de reten, para los que los siguen, una cuadrilla de villanos armados á la entrada de aquel bosque; y que aunque se han querido vengar algunos soldados de su engaño y villanía, no se habian atrevido, por el bando que echan los generales de pena de la vida al que les hiciere mal ni daño; porque temen que pongan en arma la tierra, y les impida aquel retiro de cualquier tormenta y el hacer aguada y tomar algun refresco. Dí gracias al cielo de haber escapado con la vida y de haber llegado á tiempo en que, no solo los hombres engañan á los hombres, pero enseñan á los animales á dejarlos burlados. Yo tuve que rascar algunos dias, y de que acordarme todos los que viviere.

Tuvimos una noche en este mismo puerto una provechosa tormenta, llegando á pique de perderse toda la armada, porque las galeras, abatidas de la fuerza de los vientos y combatidas de las soberbias y encumbradas ondas, rompiendo cabos y despedazando gúmenas, se encontraron y embistieron unas con otras, y como si fueran dos enemigas escuadras, se quebraban los remos, se desgajaban los timones, y se maltrataban las popas; y mientras unos llamaban á Dios, y otros hacian promesas y votos, y otros acudian á sus menudas faenas, mi merced, el señor Estebanillo Gonzalez, estaba en la cámara de popa, haciendo penitencia por el buen temporal, con una mochila de pasas y higos, dos panecillos frescos y un frasco de vino que le habia soplado al capitan, diciendo con mucha devocion: «Muera Marta y muera hart». Cesó la tormenta, remendáronse las galeras lo mejor que se pudo, y volvimos atrás, como potros de Gaeta, cuando pensábamos pasar muy adelante. Pusieron en cadena unos patrones, porque aseguraron á los generales que llevaban bastimento para tres meses, no llevándolo para seis semanas; por cuyo engaño quizá se perdieron muchas victorias y se malograron muchas ocasiones. ¡Qué de ello pudiera decir cerca de esto y de otros sucesos que han pasado y pasan de esta misma calidad, no solo á patrones de galera, sino á gobernadores de villas y castellanos de fortalezas y á municioneros y proveedores, en quien puede mas la fuerza del interés que el blason de la lealtad! Pero no quiero mezclar mis burlas con materia de tantas veras, ni aguar la dulzura de mi bufa con el amargura de decir verdades. Pasamos por entre turcos y griegos despues de haber descubierto con turbantes de nubes y plumas de celajes el altivo y celebrado Etna, el ardiente volcan y el fogoso Mongibelo; llegamos á Mesina llenos de banderolas, flámulas y gallardetes; saludamos la ciudad con pelícanos de fuego, y ella con neblines de alquitran hizo salva real á nuestra buena venida y publicada victoria. Saltamos en tierra, donde los dos generales fueron bien recibidos de su alteza serenísima el príncipe Filiberto Manuel, el cual saliendo á ver su victoriosa armada, honró á todos los capitanes y soldados particulares, así con obras como de palabras; porque solo dan honra los que la poseen, y deshonra los que carecen de ella; porque no puede dar ninguno aquello que no tiene. Mandó poner á la urca de la presa un artificio en forma de carroza, que en virtud de sus cuatro ruedas andaba sobre el agua, caminando á todas las partes que la queria llevar, sin velas, ni remos, ni timon, que á todo esto ha llegado la sutileza de los ingenios, y todo esto puede la fuerza del oro. Retiráronse á sus puestos la mayor parte de las galeras, particularmente las del gran duque de la Toscana, quedándose en Mesina sola una escuadra de veinte y cinco galeras, en las cuales embarcándose su alteza, y dejando aquella ciudad en una confusa soledad, partimos la vuelta de Palermo á gozar de su cucaña. Detuvimos veinte y un dias en Melazo, por falta de buenos temporales. Hay en este puerto una iglesia de la advoca-

cion de San Fanfano, abogado de gomas y lapas, adonde cualquiera que llega á encomendarse á este bendito santo, padeciendo estas enfermedades, metiéndose en la arena de su marina y echando sobre ella una poca de agua del mar de aquel puerto, le salen en breve espacio milagrosamente infinidades de gusanos de sus llagas antiguas ó modernas, y queda bueno y sano de su pestífera enfermedad. Yo, que por andar bien aforrado de paño y vino de Pedro Jimenez, no necesité de este santo milagro, y cuando acaso necesitara, por no echar sobre mi cuerpo la cosa que mas aborrezco, que es el arrastrado y sucio elemento del agua, me quedara hecho otro Lázaro leproso. Si este divino santo convirtiera este milagro en el de la boda del Architrículo, y volviera aquel agua del puerto de San Fanfano en vino de San Martín, te aseguro que dejara de seguir las galeras, y que dejando el mundo, me retirara á este sagrado á hacer penitencia de mis pecados en el húmedo yermo de su bodega ó cantina.

Prosiguiendo el viaje de aquella fértil y abundante corte de Palermo, me sucedió una desgracia en mi aplaudido y celebrado fogon, con que di con los huevos en la ceniza; y fué que yendo una mañana á querer poner la olla con una poca de carne que habia quedado en mi rancho, por ser el último dia de navegacion, al tiempo que la metí en un balde, y alargué el brazo al mar desde la proa, para coger un poco de agua para lavarla, llegó una soberbia onda, fomentada de una mareta sorda, y cargó con la carne y lavadero, y me dejó mojado y descarnado. Yo, por no dejar á mi amo sin comer ni hallar por mis dineros con que encubrir el robo marítimo, arrimé al fogon la piñata, llena de tajadas de bacallao, pensando que en virtud del ajazo y pimenton supliera la falta del sucedido fracaso; y habiendo espinado una olla de un capitan, pienso que podria, pues tan hedionda fué para mí, y visto que el guardian de ella se entretenia en la crujía en el juego de dados, le di el gatazo, á su olla asalto. Pues yendo á mi rancho, y trayendo un pequeño caldero vacío, traspasé el bacallao á él, y la olla del capitan á la mia. Hecho este trueque sin partes presentes, zampé el pescado del caldero en la olla capitana, y volviéndolas á tapar á las dos, volví el caldero á su lugar, y poniendo la mesa, y llamando á mi amo y sus camaradas, aparté la piñata, y híceles que comiesen temprano, por estar á cuatro millas de Palermo. Alabaron todos lo sazonado de la olla, confirmándome por el mejor cocinero de la armada. Levantóse nuestra tabla al tiempo que se puso la del capitan, y que el guardian y maestro de cocina, habiéndole hecho dejar el juego, venia muy cargado con su olla victoriana. Desembarazóse de ella, quitóle la cobertera, y al quererla escudillar, se quedó hecho una estatua de piedra, sin menear pié ni mano. El capitan, viendo su elevacion y que apenas pestañeaba, le preguntó la causa, pensando que le habia dado algun accidente. El le respondió, viendo aquella trasformacion de Ovidio en su olla, que sin duda aquella galera se habia vuelto palacio de Circe, pues á él lo habian